



EL PROBLEMA DE LA LEY EN LA «ANTIGONA» DE SÓFOCLES

Leandro Pinkler

La tragedia griega, tal como la poseemos en los testimonios conservados, se destaca por su profunda reflexión en torno de la acción humana. Surge, en efecto, en el marco de una evolución de las categorías civilizatorias del mundo antiguo, en el apogeo de la *polis*, como una reformulación de los instrumentos educativos. Si Homero fue el referente de modelos éticos y heroicos para toda la Hélade, las transformaciones desarrolladas durante el siglo VI a.C. produjeron la necesidad de nuevos paradigmas en la democracia ateniense. De este modo, el siglo V creará conforme a la vía poética y religiosa propia de la tradición helénica, una nueva problematización de la condición humana acorde a la idiosincrasia del hombre de la *polis*.

Y la nueva situación se describe fundamentalmente con el nombre de *isonomía*, “*igualdad ante la ley (nómos)*”, una palabra que simboliza la coronación de tantos procesos del mundo arcaico¹. La noción de *nómos* como “*ley*” debe entenderse a partir de su sentido originario: derivaba de una raíz que significa “*repartir*” la determinación primera es la de “*lugar repartido, dividido en parcelas*”. Así *nomós* es “*campo de pastoreo*” para convertirse después –por la sola diferencia del acento– en *nómos*

1. El estudio principal al respecto es el de L. GERNET, *Droit et institutions en Grèce Antique*, Paris, Fammarión, 1982.

como “*uso, costumbre*”. La actividad de repartir la tierra en partes no marcadas por la naturaleza resulta el paradigma de la convención humana. Y esta oposición –de lo que se da “*por naturaleza*” y lo que se da “*por convención*” resulta el principal problema del pensamiento del siglo V a.C.

Antes de la mencionada evolución de *nómos*, como valor convencional humano, toda referencia a la justicia alude obligatoriamente al orden divino, cuyos nombres son *Thémis* y posteriormente *Díke*. Y si hay justicia en la tierra –como muestran los textos de Hesíodo– es por observación de esta “*justicia divina*”. Ahora bien, es propio de esta visión arcaica del mundo el hecho de que las articulaciones de la “*justicia divina*” se manifiestan en acciones y no en palabras, es decir no hay un enunciado, unas tablas de la ley como las que Solón puso en Atenas, y por eso expresó: “*Escribí la Díke*”. De modo que el paso de *Díke* a *nómos* –como el del mito al logos en la historia del pensamiento– tiene como condición de posibilidad a la escritura². Porque el alfabeto fonético –de procedencia semítica– marca el comienzo de una nueva era (hacia mediados del siglo IX a.C.) signada por la evolución de los valores convencionales. La progresiva alfabetización permitirá arribar a la *isonomía* enunciada en el *nómos* escrito, inconcebible en los sistemas de escritura más antiguos que por su complejidad estaban sólo en manos de los escribas.

En la *Antígona* es donde se hace mención por primera vez de las “*ágrafas e inconvencionales leyes de los dioses*”, que “*no tienen vida por hoy o por ayer sino por siempre y nadie sabe de dónde han surgido*”³. La importancia del texto es manifiesta. Ya Aristóteles lo cita al distinguir entre las leyes de acuerdo a su carácter de “*escritas*” y “*no escritas*”, porque resulta relevante para la

2. El conjunto de los problemas está tratado por W.C.K. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy III*, Cambridge 1969, chapter IV (hay traducción castellana en Edit. Gredos).

3. *Antígona* v. 454. Todas las citas son de la traducción que hemos hecho con el Dr. A. VIGO (*Antígona*, Bs. As., Edit. Biblos, reimpr. 1992)

época el hecho de que toda ley humana, política, es enunciada por la escritura. Y en tiempos de Sófocles, mientras los defensores de la tradición sostenían la inmutabilidad de las leyes y su fundamento divino, las ideas humanistas enfatizaban su carácter convencional y humano, y promovían su renovación de acuerdo a la famosa sentencia de Protágoras, el sofista: “*El hombre es la medida de todas las cosas*”.

La función educadora, política y religiosa, de la tragedia griega se refleja en el hecho de que gustaba de poner ante los ciudadanos bajo la forma de un mito tradicional el problema que de alguna manera signaba el momento. De este modo, los horrores de la guerra retratados en las *Troyanas* de Eurípides son reflejo de los de la reciente guerra del Peloponeso, mientras el *Edipo Rey* de Sófocles pinta el descreimiento religioso en la figura de los oráculos. En conformidad con este espíritu la *Antígona* es la respuesta de Sófocles al espíritu de la época, encarnado en las nuevas ideas del humanismo laicista, tan influyentes en el círculo de Pericles. Por primera vez aparece en la historia la creencia en un progreso autónomo del ser humano, el espíritu “prometeico” de la *tékhne*.

Más se comprende la *Antígona* en el diálogo con estas nuevas ideas, en tanto Sófocles, vitalmente abierto a ellas pero con fe inmovible en el orden divino del mundo, expresa la necesidad de la tradición de ser reformulada. Se intenta ver los límites de la acción humana sin circunscribirla a un ciego sometimiento. Por eso esta tragedia plantea desde el inicio el problema de la oposición entre dos legalidades. La voluntad de Creonte, soberano de Tebas, prohíbe que Polinices, traidor de la ciudad, sea enterrado, mientras tributa a su hermano Etéocles todos los honores:

“A Etéocles, según dicen, válido de justa ley (*díke*) y costumbre (*nómos*) sepultó bajo tierra de modo honroso para los muertos de allá abajo; en cambio, a Polinices, muerto

lastimosamente proclamó en un edicto a los ciudadanos que nadie le dé sepultura ni le llore..." (vv. 24 ss.)

Se distinguen así en el léxico –por boca de Antígona– estos tipos de legalidad: la humana y por fuerza convencional, y la representación del orden del mundo, como ley divina e ineluctable. Puede ser hoy difícil para nosotros en el fin del s. XX abrirnos a una comprensión de *díke* como ley divina. Pero entendemos que el planteo sofocleo y su trágico conflicto son de índole universal. El núcleo del problema se desarrolla en la perspectiva de que toda acción humana involucra además del plano de la sujeción a ciertas normas locales, variables, una dimensión que podemos denominar “conciencia moral universal” que parecería inherente al ser humano, pero que los individuos de todas las épocas han demostrado ignorar, muchas veces con ayuda de las leyes escritas.

El personaje de *Antígona*, el sujeto trágico encarnado en la mujer, muestra la oposición a estas disposiciones circunstanciales, que olvidan el respeto de las más antiguas y arraigadas manifestaciones de la cultura humana, los rituales funéreos.

La muerte y los ritos mortuorios resultan el elemento detonante del conflicto, lo que no es circunstancial sino esencial para la obra. De acuerdo con la visión antigua, la muerte de un hombre comprometía tanto la observancia de *díke* como de *nómos*, puesto que es parte del orden del mundo que, al morir, el alma baje a los dominios de Hades, al cuidado de los dioses infernales, y es *nómos*, un deber humano sancionado por costumbre, el que esa partida sea acompañada con los ritos que corresponde. De esta manera, trata Antígona del adecuado manejo de la ley humana, a la vez que de la debida actitud ante un estado de cosas que no es dable cambiar. El estésimo primero, que sintetiza la tragedia en su dimensión filosófica, pone de manifiesto que la práctica política y la moral hallan fundamento en el arreglo y concordancia del orden humano con las leyes divinas, en “*el entretrejer las leyes*

de la tierra y la justicia juramentada de los dioses”⁴. De manera que, en su desarrollo, el marco del problema trasciende lo meramente jurídico para enfrentarnos a la cuestión de los límites del obrar humano, que, por sus connaturales tendencias –llámense “osadía” (*tolma*), “soberbia” (*hybris*) o “locura” (*ate*)–, produce funestos frutos. Puesto que es convicción de Sófocles que “*así como en el pasado, tanto en lo inmediato como en lo porvenir, esta ley tendrá vigencia: ningún exceso adviene a la vida de los mortales sin aparejar la desgracia*”⁵.

Claro está que la posición sofoclea es en este punto eco de la visión tradicional griega del “*nada en demasía*”⁶, y resulta fiel a la creencia más antigua, que entiende que las consecuencias de las acciones humanas no las deciden los hombres sino que las juzgan con hechos los dioses. Lo que sí está en manos del hombre es estar atento a las manifestaciones de la divinidad a través de augures y adivinos⁷, y actuar con aviso conforme a las potencias que dirigen el mundo.

La única grandeza posible para el hombre reside en poder enfrentar el mundo tal cual es y asumir el propio destino por cruel e incomprensible que parezca. Esta actitud es patente en palabras como las que pronuncia Heracles en Filoctetes: “*y tened presente esto, que hay que ser piadoso en lo que a los dioses toca, y a todo lo demás lo juzga secundario padre Zeus...*”⁸. Pasajes como éste, nada infrecuentes en los parlamentos de sus obras, valieron al poeta entre sus contemporáneos el nombre de *theosebéstatos* “piadosísimo”. Es menester señalar una vez más que Sófocles es expresión de ideas y creencias tradicionales, pues, como Jen-

4. vv. 366 ss.

5. vv. 611 ss.

6. Cf. ARISTÓTELES, *Retórica* 1389 b4.

7. La oposición del tirano a Tiresias (*Antígona* 1133 ss.; *Edipo rey* 300 ss.) es una muestra de la insensatez humana y de incredulidad ante la veracidad indeclinable de los oráculos.

8. vv. 1141 ss.: *Antígona* 1358.

fonte hace decir a Sócrates en un contexto vinculado con las leyes divinas: “*las más durables y sabias de las cosas humanas, ciudades y pueblos, son bien respetuosas de los dioses (theosebéstata)*”⁹.

E igualmente tradicional es su concepción de la justicia en sus dos principales aspectos: en primer lugar, lo que podemos denominar la posición de un orden divino del mundo o *teonomía*, cuyo nombre es *díke*; y, en segundo término, el hecho de que es sólo a partir de ese orden como se establece uno en lo humano y social, lo que significa que toda injusticia es originariamente una *asé-beia*, una impiedad¹⁰. Pues como dice Heráclito: “*se nutren todas las leyes humanas de una, divina*”¹¹.

Cabe preguntarse qué lugar tiene en ese orden la ley del hombre, cuando, según la expresión de Rodríguez Adrados, “*la justicia humana no es pura, sino que comporta un aspecto de hybris*”¹². Y tal es el problema de *Antígona*.

No sería adecuado concluir que el personaje de *Antígona* manifiesta la correcta actitud y Creonte la opuesta. La tragedia misma nos muestra que la audacia de *Antígona* explota contra un destino indeseable:

“(se dirige a *Antígona* el Coro) *Al avanzar hasta la más extrema audacia, contra el muy elevado pedestal de la justicia (díke) te estrellaste.*” (vv. 853)

Y es el único lugar del texto en donde se evidencia una tensión entre *Antígona* y *díke*. En verdad la tragedia es el hundimiento simultáneo de dos transgresores como símbolo de las consecuencias de mantenerse en una creencia unilateral. Todos los temas y

9. Memorabilia 1 4, 16.

10. F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *La democracia ateniense*, Madrid 1975, pp. 140 ss.

11. B 114 DK.

12. op. cit., p. 140.



motivos desarrollan una serie de oposiciones irreconciliables: lo femenino y lo masculino, lo terrestre (cultos ctónicos) y lo celeste (religión de la ciudad), cultos funerales familiares y razón de Estado, etc... Parece haber una intención de indagar este conflicto fundante antes de simpatizar por uno u otro.

En verdad muchos intérpretes han subrayado una parte del texto como clave de la resolución del dilema. Se trata del ya citado texto del famoso Coro, el primer estásimo que canta el poder del ser humano:

“Entretejiendo las leyes de la tierra y la justicia de los dioses a los que ha prestado juramento engrandecerá la ciudad; privado de él quedará aquel que en virtud de su osadía se entrega a lo que no es bueno.” (vv 366 ss.)

Se habla aquí de armonizar los planos de la *díke* y el *nómos* como de la tarea esencial del hombre respecto de la polis: la empresa fundamental de la humanidad civilizada; porque si el ser humano ha podido subyugar, como el mismo Sófocles muestra, a la naturaleza, todavía no ha podido dominar a la civilización con todas sus consecuencias. Por eso se dice de él:

“Muchas son las cosas terribles, pero ninguna es más terrible que el hombre.” (vv. 332 ss.)